

CACE 2005

10º Concurso de Relatos

La Discapacidad y las Barreras.

Primer premio: "EL TPL- SEISCIENTOSTREINTAYCINCOLIENSE"

¡Imaginad lo increíble que puede resultar pasar un día haciendo de guía a un TPL - seiscientostreintaycincoliense!, un habitante del asteroide TPL-635, el más extraño planeta que nunca hubieseis podido sospechar. Pues eso es lo que me ocurrió.

Estaba en el paseo de la ría de Avilés cuando, de pronto, me sorprendió la voz suplicante de un niño de una edad aproximada a la mía. Estaba sentado en el suelo y me pedía casi a gritos que lo ayudara a levantarse. No lo dudé e intenté incorporarlo, pero me di cuenta de que sus piernas no lo sostenían.

- ¡No puedes andar! -, le dije sorprendido. Me contestó que no, que cuando se transformó en humano no tuvo en cuenta los mecanismos internos que producen los movimientos como son los músculos y el sistema nervioso y que, si no conseguía llegar a tiempo, no podría regresar a su planeta, el asteroide TPL-635. Aquella respuesta me sonó a pitorreo y decidí seguirle la corriente:

- Claro, - le contesté, - y yo soy Fernando Alonso -. Me miró atónito y me respondió:

- Probablemente me introdujeron algún circuito integrado erróneo en mi memoria virtual, porque según la información que tengo ese personaje es bastante mayor que tú. ¡Vaya, había tropezado con un gracioso! Aún así, me apenó su situación y le dije que esperara. Al poco tiempo, regresé con una

silla de ruedas que teníamos arrinconada en el desván de mi casa. Como pude, conseguí sentarlo y me lo agradeció con una amplia sonrisa.

- ¡Y bien! - le respondí, - ¿te vas pronto a tu planeta? - Me dijo que le encantaría, pero que necesitaba localizar el punto H, el sitio convenido para regresar, y que solo no podría conseguirlo. Me ofrecí a ser su ayudante, pero no sabía por dónde empezar. Él me dijo que comenzara a empujar la silla. En seguida encontramos el primer obstáculo: la acera era demasiado alta y no la podía subir. Tuvimos que dar un buen rodeo para poder llegar al parque del Muelle. Mientras yo me quejaba, mi amigo me preguntó:

-¿Soy el único que no puede andar en este planeta?

-No-, le respondí -hay muchas personas que no pueden mover sus piernas: unas, por nacimiento; y otras, por accidente o enfermedades.

-¿Y nadie tiene en cuenta que estas personas pueden querer o necesitar desplazarse solas sin necesidad de que nadie las acompañe?-. No supe qué contestar, porque tengo que reconocer que, hasta ahora, nunca me había dado cuenta del problema que esto suponía para muchas personas con discapacidad física.

Mi amigo se sorprendió, abrió sus enormes ojos grises y me preguntó por aquel "extraño ser" que se acercaba.

-¿Es humano?

-¡Pues claro que es humano!- le contesté pacientemente, (creo que en ese momento ya estaba medio convencido de que mi amigo era, de verdad, un extraterrestre). - Es un señor invidente con su perro lazarillo; son dos seres vivos y no uno solo, y el más alto es el humano-. En ese mismo instante, el señor le preguntó a mi amigo qué le había pasado para no poder andar. Yo me admiré de que este hombre pudiera preguntarnos semejante cosa ¡No veía!, él nos explicó que le había oído hablar, y por la distancia y el tono de voz dedujo que se encontraba del suelo mucho más cerca que yo, e imaginó su situación. Mi amigo le contó su historia y la dificultad que tenía para encontrar el punto H. El señor, mientras acariciaba a su perro guía y sin mostrar la más mínima expresión de sorpresas o burla, le dijo que la respuesta la encontraría explorando y explotando sus sentidos e instintos al máximo, que eso era lo que él había hecho desde que perdió la vista y que ello le había permitido "ver" muchas cosas que los videntes no saben

apreciar. Le dije que era un hombre muy sabio, que se notaba que había estudiado mucho. Su cara se entristeció y nos dijo que no había podido porque, para un ciego, estudiar suponía irse a Madrid, ya que en esta ciudad no tenían colegios especializados para sus necesidades, y que sus padres no pudieron permitirse el gasto. Cuando nos quedamos otra vez solos, Pepe, que así había decidido llamar a mi amigo, porque según me dijo él se llamaba D215^*^''Ç_:^*^_*285*/''ii, demasiado difícil de pronunciar para mí, me miró desconcertado y me preguntó que cómo era posible no prestar más atención a estas personas tan interesantes, con tantas cosas para enseñar. Por segunda vez, no supe qué contestarle. Había vivido toda mi vida rodeado de personas que no tienen todos los sentidos o capacidades físicas que yo tengo, pero que han sido capaces de crecerse ante las dificultades y ante la indiferencia de los que les rodean. Me sentí avergonzado.

Pepe me alejó de mi reflexión cuando comenzó a dar palmas, entusiasmado:

-¡Ya lo tengo el punto H no es un lugar, es un esfuerzo por querer conseguir tu meta. Adiós amigo, gracias por haberme ayudado, ya puedo regresar a mi hogar.

Ante mi sorpresa, mi amigo comenzó a elevarse por los aires, cada vez más alto, cada vez oía su voz más difícil: adiós, adiós...

Llegó un momento en que ya sólo podía adivinarse un puntito en medio del azul del cielo. Yo comprendí que la imposibilidad de andar no le había impedido volar cada vez más alto, cada vez más cerca de su planeta.

Me enseñaste mucho, Pepe. Adiós, amigo TPL-seiscientostreintaycincoliense, nunca te olvidaré.

Autor: Eduardo Álvarez Pereda

Colegio: Colegio Santo Tomás - Avilés

Curso: 6º